Si hallais en vuestro corazon la menor centella del amor gratuito de Dios, procurad con todas veras alimentarla, y haced que crezca por medio de humildes súplicas, por el dolor de la penitencia, por la aficion á la justicia, por obras buenas, por sinceros gemidos, por una vida virtuosa, por una amistad fiel.

El verdadero amor no puede quedar sin accion; y como no os conducirá á ningun mal, os hará practicar todo el bien que podrá.

Dios por sí solo suplirá todo lo que pudierais amar; aprended, pues, á amar al Criador en la criatura, y al soberano Artífice en su obra. No os dejeis arrastrar al amor de lo que ha hecho, y no abandoneis á aquel por quien vos mismo habeis sido formado.

Si los objetos que amais son tan hermosos, ¡qué foco de belleza tendrá el que los hizo tales como son! Y si son tan grandes, ¡cuán grande debe ser el mismo que los ha formado!

Nadie obra con piedad sin el amor y la gracia, y con este amor nadie obra sin piedad. Sin este amor no hay buena voluntad; y con este amor no hay voluntad que no sea buena.

Por abyecta, por despreciable que sea una persona en la Iglesia, si cree en Jesucristo, si ama á Jesucristo, si le es cara la paz de Jesucristo, su nombre está seguramente escrito en el cielo. [*S. Aug.*]

La mayor ciencia es saberse unir con el que todo lo sabe. El tiene los ojos de la inteligencia, tened vosotros los de la confianza. [*S. August.*]

Agrada á Dios aquel á quien agrada todo lo que quiere Dios. [*S. August.*]

Si sentimos dificultad en amar á Dios, no la sintamos en corresponder á su amor. [*Id.*]

DIA UNDECIMO.

Del amor del projimo.

El amor del prójimo no es menos un precepto del Evangelio que el amor de Dios. Cualquiera que ame al prójimo como á sí mismo; le deseará sin duda los mismos bienes que se desea á sí mismo; y como nadie quiere mal para sí, no hay duda que si ama á su prójimo como á sí, le deseará y le procurará las mismas ventajas que para sí mismo desea. [*S. Justin. Dialogo cum Triphone.*]

No os prohibo el amar. Dios me libre de ello; flojos seriais, perezosos, detestables y como muertos si no amaseis nada. Amad, pues; pero tened cuenta con lo que debeis amar. El amor de Dios y del prójimo se llama caridad, y el amor del mundo se llama concupiscencia; reprimid, pues, en vuestra alma la concupiscencia, y encended la caridad. [*S. August.*]

Quiere el Apóstol que la caridad se estienda no solo á nuestros prójimos, sino á todos los hombres; pues propio es de la caridad, segun Dios, el abrazarlos á todos: de manera que amar el uno y no amar el otro, no es amar como cristiano. [*S. Joan. Crys. Homil. 4. in Epist. ad Thessalon.*]

Debemos, pues, amarnos los unos á los otros con este amor que Dios nos prescribe, es decir, como él mismo: él quiere entrar tambien en este comercio de amistad con nosotros; y hasta aborrece á los que no aman como él. „Amad á vuestros hermanos conmigo, dice Jesucristo, entonces yo os amaré mas.” [*S. Joan. Crys. in Epist. ad Rom.*]

No basta el amar á nuestros hermanos, es preci-

so sufrir para su salud. [*Idem, in Epist.* 11. *ad Timotheum.*]

Por la caridad sola se diferencian los hijos de Dios de los hijos del diablo. [*S. August.*]

DIA DUODECIMO.

Del amor de los enemigos.

Nos está absolutamente prohibido el volver mal por mal; y si imitamos á los que nos dañan, la misma pena merecemos. Y ¿qué sacrificio haremos á Dios de nuestro honor, si le usurpamos el derecho de defendernos y de vengarnos? Somos unos vasos de barro viles y despreciables. ¿No nos incomodamos contra nuestros domésticos que quieren por su propia autoridad vengarse de los otros domésticos que les han ofendido? Muy al contrario, ¿no favorecemos á los que saben conocer la inferioridad de su condicion? Si por su moderacion se abstienen de vengar las injurias que se les han hecho, procuramos hacerles dar una satisfaccion mucho mayor que la que hubieran podido obtener por sí mismos. ¿Creerémos, segun esto, obrar mal, dejando nuestros intereses en manos de un Señor soberanamente justo para ordenar todo lo que nos pertenece, y omnipotente para concedérnoslo? ¿Y cómo podemos creer que es nuestro juez, si no creemos tambien que es nuestro vengador? [*Tertullian. de patientia, cap.* 10.]

Si alguno alimenta odio en su corazon, por pequeño ó grande que sea el motivo, no puede tener sociedad alguna con la paz, esto es, con Jesucristo, si no se purifica por una grande penitencia.

Cuando alguno os dice denuestos, y no podeis privárselo, no queda mas recurso que rogar á Dios; pero no olvideis de rogar tambien por aquel que os injuria. [*S. Augustinus.*]

Grande gracia de Dios es el vivir y conversar todos los dias con los pecadores sin salirse de los trámites de la ley divina. [*S. Aug.*]

¿Vengarte quieres, cristiano? Mira que Cristo aun no se ha vengado. [*Idem.*]

DIA DECIMOTERCIO.

Del temor de Dios.

El temor ordinario de los hombres, es un sentimiento de terror que procede de la debilidad de nuestra naturaleza; y este temor no se enseña, pues es escitado en nosotros por nuestra natural flaqueza. Mas no es así del temor de Dios, del cual está escrito: „Venid, hijos mios, yo os enseñaré el temor del Señor.” Este temor, pues, no es un simple movimiento de terror de que se siente agitada nuestra naturaleza, antes bien consiste en la razon ilustrada por documentos divinos; se adquiere por medio de la observancia de los mandamientos de Dios, por las acciones de una vida pura é inocente, y por el conocimiento de la verdad. No se debe temer á Dios porque muchos han sido destruidos por el rayo, otros han perecido en un temblor de tierra, y sepultados han sido otros bajo sus ruinas; pues en tal caso la fe no tuviera mérito alguno en un temor que pueden evitar con nosotros mil accidentes particulares. Mas el temor del Señor en los fieles, consiste todo en amor: la perfecta caridad es la que consuma en

nosotros el temor de Dios. Pues el principal deber de nuestro amor hácia él, es el seguir sus doctrinas, obedecer sus preceptos y confiar en sus promesas. Por esto dice el Señor: „Bienaventurados los que temen al Señor y siguen sus caminos;" para manifestarnos que el temor verdadero no está en el terror sino en la obediencia; y la mejor señal de que se teme á Dios, es obedecer á su voluntad. [*S. Hilar. in Psalm.* 27.]

El temor de Dios no ha de servir, pues, sino para conservarnos en la inocencia. [*S. Ciprianus, Epistol. ad Donatum.*]

Si quieres pecar, busca un lugar en que Dios no te vea, y si le hallas, haz lo que quieras. [*S. August.*]

DIA DECIMOCUARTO.

De las ventajas de la humildad.

Seremos siempre grandes á los ojos de Dios, si nos ponemos siempre pequeños y humillados á su presencia.

Reconociéndose indigno el Centurion, se mostró digno de que Jesucristo entrase no tan solo en su casa, sino hasta en su corazon.

Si poneis vuestra esperanza en otro hombre, mal regulada será vuestra humildad; y si la poneis en vos mismo, caereis en un peligroso orgullo: uno y otro es igualmente pernicioso; pues Dios no elevará la humildad mal ordenada, y precipitará el orgullo que se levantare demasiado.

Si la fuerza consiste en la humildad, no temais á los orgullosos. El humilde es como la piedra; queda debajo, pero es sólida: el orgulloso es como el humo; se eleva mucho, mas bien presto se disipa y se deshace

El que no quisiere humillarse por la confusion de su iniquidad, será humillado por el peso de la mano de Dios.

Es menester pues dar gracias con un corazon humilde y no arrogante, á aquel que nos comunica sus dones, temiendo perder por el orgullo lo que hemos merecido lograr por la humildad; mientras que el orgulloso se atribuye con altivez el corto bien que se imagina estar en él, y que se esfuerza en substraer á la misericordia de Dios.

Vuestra prudencia sea siempre sin orgullo, y vuestra humildad no sea jamas sin prudencia.

Considerad, Señor, en mí, vuestra obra, y no la mia, pues vos me condenareis si mirais lo que es mio, y me salvareis si mirais lo que es vuestro [*S. August.*]

DIA DECIMOQUINTO.

De la modestia.

Los cristianos han de ser retenidos y modestos en sus casas, en la presencia de sus prójimos, de sus domésticos; en las calles á causa del púbico; en la soledad para sí mismos; y en todas partes á motivo de la presencia del Verbo divino, que está donde quiera, y sin el que nada ha sido hecho. La consideracion de la presencia continua de Dios, debe sernos un motivo que nos impida ofenderle. [*S. Clem. Alex. lib.* 3. *cap.* 5.]

Los cristianos deben ser y parecer con la modestia misma que guardan en las iglesias: en todas partes deben portarse con la misma dulzura, caridad y

piedad que manifiestan en estos lugares sagrados. Sin embargo, en sus acciones ordinarias, en sus palabras, en todas sus maneras de obrar, se halla que cambian con los lugares, ó, diremos mejor, que despojándose de este falso y simulado papel de gravedad y compostura que entonces representan, se les ve en todos los demas parages tales como son verdaderamente. [*Idem. cap.* 11.]

Esta modestia ha de observarse tambien en el vestir y en los demas modales. Así como el trage de un soldado se distingue del de un senador, pues por él se les conoce esteriormente; así tambien es justo y decoroso que en el porte de un verdadero fiel haya alguna cosa que le distinga de los demas hombres, por medio de aquel aire de modestia que exige el Apóstol hasta en el vestido, para que haya una cierta armonía entre el modo de vestirse y la sencillez cristiana. [*S. Basil. Interrogat.* 22.]

Así como un aliño escesivo no es propio para el cristiano, debe igualmente evitar la afectacion del desaliño. [*S. Hieron. Epis. ad Eustoch.*]

DIA DECIMOSESTO.

De la obediencia.

Es una temeridad querer examinar si lo que Dios manda es bueno y útil. La grandeza y la magestad de la Providencia divina debe ser la causa principal de nuestra obediencia y de nuestra sumision; y la suprema autoridad del que manda es infinitamente preferible á la utilidad de aquel que solo nació para servir y para obedecer. [*Tertulliam. Lib. de Poenit.*]

Es, pues, una prueba ciertísima de que no se ama á Dios ni á Jesucristo cuando no se obedece á sus mandamientos; y es, por el contrario, una prueba evidente del amor que se profesa al Salvador, cuando se cumplen sus preceptos, perseverando en la participacion de su paciencia y de sus sufrimientos hasta la muerte. [*S. Basil. Reg.* 3. *c.* 2.]

Esta obediencia tiene sus grados: debe obedecerse á los obispos que están establecidos por toda la tierra, y que obran segun el espíritu y la órden de Jesucristo. [*San Ignat. Epist. ad Ephesios.*]

Los hijos han de honrar á sus padres, y obedecerles en todo lo que no es contrario á la órden de Dios. Los cristianos deben igualmente estar sometidos á las potestades establecidas para gobernarles, mas en todo lo que no ofenda la ley divina. [*S. Basil. Reg.* 76, *et* 79.]

Al príncipe, aunque sea infiel, el cristiano que sabe que está constituido por Dios, está obligado á amarle, á temerle, á venerarle, á desear su salud: es la primera potestad despues de Dios, y así es sobre los demas hombres. [*Tert. ad Scapulam.*]

Los sirvientes han de obedecer á sus amos con afeccion por la gloria de Dios; y generalmente en todo lo que pueden hacer, sin transgredir la ley de Dios. [*San Basil. Regul.* 75.]

DIA DECIMOSEPTIMO.

De las buenas obras.

Cuando leemos estas palabras de nuestro Señor: Tu fe te ha salvado, no debemos creer que quiera de-

cir el Salvador, que quien creyere de cualquier manera conseguirá la salud, si la fe no va acompañada de las buenas obras. [*S. Clem. Alex. L.* 6.]

Los dias huyen y se nos escapan, los años van corriendo, y la mayor parte de nuestra vida pasó ya; y veamos sin embargo el bien que hemos hecho. ¿Habremos de salir de este mundo vacíos, y destituidos de toda justicia? El juicio de Dios llama ya á nuestra puerta. [*S. Juan Crys. Homil.* 23, *ad popul. Antioch.*]

Mas para practicar obras buenas, hemos de presentar nuestro cuerpo como una hostia viviente: es decir, que nuestros ojos nada miren de mal, que nuestra lengua no pronuncie palabras malas. Aun mas, es preciso que la mano se alargue para dar limosna; que la boca bendiga á los que nos maldicen; que nuestros oidos se cierren á la maledicencia, y no se ocupen sino en oir la divina palabra. [*Idem. in Epist. ad Romanos.*]

Cuando el hombre practica una buena accion á la vista de otros hombres, debe tener en el fondo de su corazon la intencion de hacer bien; pero jamas la de parecerlo, á menos que sea con el fin de dar gloria á Dios, por el provecho de los que se hallan presentes, los cuales se utilicen de verlo, por parecerles mas amable Dios en hacer esta gracia al hombre; por cuyo medio pueden esperar ellos una gracia igual si la buscan con voluntad bien dispuesta. [*S. Agustinus.*]

No deben llamarse obras buenas y útiles para la salud, sino las que se practican por el amor de Dios. [*S. August.*]

Si nos amedrenta el trabajo, aliéntenos su recompensa. [*S. Ber.*]

Sin razon soy tenido por cristiano, si no camino tras Jesucristo siguiendo sus pisadas. [*S. Bern.*]

DIA DECIMO-OCTAVO.

De la utilidad de la oracion.

Es alejarse de Dios el no unirse á él por la oracion. [*S. Greg. de Nyssen. de Orat. Orat.* 1.]

La oracion mantiene la pureza del alma, modera la cólera, reprime el orgullo, borra el recuerdo de las injurias, apaga la envidia, destruye la injusticia, y hace revivir la piedad. Es un coloquio del alma con Dios, una contemplacion de las cosas invisibles, una fe segura de los bienes que se desean, un honor que iguala el alma con los mismos ángeles, un progreso en el bien, un preservativo contra el mal, una correccion del pecado, un fruto presente de la virtud, y un gusto anticipado de la gloria futura. [*Idem Orat.* 1.]

Por bajo que hablemos, aun sin mover los labios, siempre es una conversacion con Dios. Nosotros clamamos del fondo del corazon, y el Señor escucha siempre las súplicas que le dirigimos. Debemos despegarnos de la tierra, y elevar nuestra alma hasta el santuario de Dios. [S. *Clem. Alex. Lib.* 7.]

Jesucristo no nos instaria tanto que le pidiésemos, si no tuviese intencion de darnos. Llenaos pues de rubor, hombres indolentes: Dios se da mas priesa á daros, que vosotros á recibir; y él es mas ávido de dispensarnos su misericordia que nosotros de librarnos de nuestras miserias.

El grito de nuestro corazon en la plegaria, espresa el gran deseo y el ferviente afecto del que ruega,

y que espera conseguir el efecto de lo que pide: clámase á Dios con toda la fuerza del corazon, cuando no se piensa otra cosa en la oracion; pero es muy raro en la mayor parte de los cristianos el rogar con tanto fervor; y no sé si ha sucedido á nadie el hacer una oracion enteramente perfecta. [*S. August.*]

El fuego del infierno apaga el fuego de la concupiscencia. [*S. Isid. Pelus.*]

DIA DECIMONONO.

De la manera de orar.

El hombre espiritual rogará en todo lugar, pero no con intencion de dar á conocer que ruega. Orará pues en el camino, en la conversacion, en el descanso, en la lectura, y en fin, en todo lo que haga con reflexion; y aun cuando no hiciese sino pensar en Dios en el fondo de su alma, é invocar al Padre en el secreto de su corazon con profundos gemidos, debe estar seguro que Dios está pronto á escucharle, aun antes que él haya concluido su oracion. [*S. Clement. Alex. Lib. 7.*]

Si la oracion es un medio de comunicarnos con Dios, no debemos desperdiciar ocasion alguna de orar para acercarnos á él. Podemos considerar como sagrados todos los lugares y todos los tiempos que nos inspiran el pensamiento y la memoria de Dios. Hay algunos que consagran ciertas horas del dia á la oracion; pero el que conoce bien á Dios y que es verdaderamente espiritual, ruega durante toda su vida, esmerándose en estar siempre á la presencia de Dios. [*S. Clem. Alex. Ibid.*]

Cuando empecemos nuestras oraciones por una humilde confesion de nuestra impotencia, y por atribuirlo todo á Dios, él nos concede bondadoso todo lo que humildemente le pedimos, el temor y el respeto que le debemos. Cuando rogamos, es menester aplicarnos á ello con todo nuestro corazon: debemos desterrar todos los pensamientos mundanos, y no pensar únicamente sino en lo que estamos haciendo [*S. Cypr. de Orat. dom.*]

¿Quereis que Dios escuche vuestra plegaria? Haced como un pobre; nazca vuestra voz de un fondo de indigencia y de dolor, y no de hinchazon y de disgusto. [*S. Aug.*]

¿Tienes tiempo para ser filósofo, y no le tienes para ser cristiano? [*S. Paul.*]

DIA VIGESIMO.

De los efectos de la oracion.

¿Quereis que os escuche Dios? No le pidais sino el único bien, y sea este el objeto esclusivo de todas vuestras ansias, pues que él solo basta para cumplir todos nuestros deseos.

Vosotros pedis que Dios os dé algo que pueda ser vuestro. Si Dios que lo puede dar todo es ya vuestro, ¿qué puede haber mas grande y mas precioso? Vosotros pues buscais dones, y poseeis al mismo Dispensador.

El que pide á Dios otra recompensa que Dios mismo, y que le sirve con estas miras, manifiesta que aprecia mas lo que quiere recibir, que al mismo de quien lo espera recibir.

No pidais á Dios nada fijo ó determinado de lo que es puramente temporal, sino solo lo que sabe él que puede seros útil, pues á menudo lo que creemos ventajoso, nos es nocivo, ó al contrario.

Cuando pidais á Dios cosas temporales, hacedlo con reserva y con temor; dejad á su beneplácito el darlas, si os convienen, ó el negároslas si ve que han de seros dañosas; pues no es del enfermo sino del médico el conocer lo que es útil ó perjudicial á la enfermedad.

¡Cuán prontamente recibe Dios las oraciones que van acompañadas de buenas obras! Y las obras de justicia en esta vida, son el ayuno, la limosna y la oracion; y toda vez que pedis al Todopoderoso, nada le pidais que no sea grande.

No deseeis recibir de Dios por recompensa en la otra vida, las cosas que os manda despreciar en la presente.

DIA VIGESIMOPRIMERO.

Del ayuno.

No hay punto de la tierra, sea isla ó continente, no hay ciudad ó nacion, hasta las mas remotas estremidades, donde no se haya publicado el precepto general del ayuno. Los soldados, los viajeros, los marinos, los comerciantes, todos lo han oido y recibido con alegría. Nadie, pues, se exima á sí mismo del número de los qne ayunan, en el cual deben comprenderse los hombres de toda condicion y dignidad. [*S. Basil. Orat.* 2.]

Para celebrar la cuaresma es preciso ayunar todos los dias, pues que faltar en uno solo es violarlos todos, y perder por tan poca cosa el fruto de un largo trabajo. [*S. Ambros. Serm.* 25.]

El ayuno tiene grandes ventajas: cura nuestros males, ahuyenta los demonios, destierra los malos pensamientos, limpia el entendimiento, purifica el

corazon, da la sanidad al cuerpo, eleva á los hombres hasta el trono de Dios; en fin, el ayuno es el alimento de los ángeles, y el que bien lo practica, puede considerarse como formando parte de los coros de los espíritus bienaventurados. Mas si el demonio os instigare á practicar austeridades tan escesivas que alterasen vuestra salud, é inutilizasen vuestro cuerpo, haciéndolo como incapaz de ejercer todas sus funciones, resistid esta sugestion, y muy al contrario, moderad vuestros ayunos. [*S. Athanasius, de Virginitate.*]

Mas para ayunar de una manera agradable á Dios, es necesario ser mas amable para con sus servidores, mas oficioso con los estraños, mas caritativo con los pobres, madrugar para ir al templo á implorar la divina misericordia, y ocuparse en algunas lecturas espirituales. [*S. Ambrosius. Serm.* 33.]

DIA VIGESIMOSEGUNDO.

Del precepto de la limosna.

La Escritura dice: Bueno es el ayuno con la limosna; preciso es pues, practicar una cosa y otra para ablandar la cólera del Señor. ¿No podeis ayunar tal vez? Si así es, dad á lo menos de comer á los hambrientos. Si por motivo del ayuno no podeis retardar ni siquiera mas de tres horas vuestra ordinaria comida, juzgad por ahí de aquel infeliz que por su miseria y por vuestra dureza se ve obligado á ayunar á pesar suyo, y cuya hambre no aliviais ni aun con un poco de alimento, mientras que os estais refocilando en las mas esquisitas viandas. Os escusais con la esterilidad de la tierra, alegais su-

puestas necesidades, os lamentais de la penuria de la época: ¡ah! esto es manifestar en vosotros una mendicidad mas vergonzosa que la de los mismos mendigos; y una ingratitud criminal contra Dios con vuestros afectados lamentos. [*San Gaudentius. Serm.* 13]

Dad á lo menos á los pobres, por poco que sea, pues este poco será mucho para el que carece de todo; y Dios lo recibirá por mucho, si guarda proporcion con lo que podeis dar. ¿Y os imaginais que esta liberalidad con los pobres no es una obligacion? ¿Creeis que es un consejo y no un precepto? Tambien lo deseara yo, y lo creeria como vosotros, si no me llenase de terror aquella separacion que hará el Juez eterno, por las amenazas de que habla en su Evangelio, y por aquellas espantosas repulsas con las que confundirá á los reprobados, no por haber arrebatado el bien de otro, sino por haber descuidado emplear el suyo en socorrer á Jesucristo en la persona de los pobres [*S. Greg. Nazianz. Orat.* 16.]

Dad á todos los que os pidieren limosna, no sea que aquel á quien se la negareis sea el mismo Cristo. [*S. August.*]

DIA VIGESIMOTERCERO.

De la escelencia de la limosna.

La limosna tiene algo de escelente y de divino: es el consuelo de los fieles, la garantía de nuestra salud, el fundamento de nuestra esperanza, el escudo de nuestra fe, el remedio de nuestros pecados. Es grande y fácil al mismo tiempo; es una corona que se consigue en tiempo de paz. Es uno de los

mayores dones de Dios, necesario á los débiles, glorioso para los fuertes, y útil á todos los cristianos para obtener las gracias del cielo, para hacerse favorable á Jesucristo en su juicio, para poner á Dios, por decirlo así, en el número de nuestros deudores. Dice la Escritura, que así como el agua apaga el fuego, así la limosna destruye el pecado: es decir, que el agua saludable del bautismo estingue el fuego del infierno, al modo que las limosnas y las buenas obras sofocan las llamas del pecado; y así como hemos obtenido una vez el perdon de nuestras faltas en el bautismo, la práctica continua de las obras de misericordia renueva en nosotros la virtud de este sacramento, renovando en cuanto á nosotros la misma gracia. [*S. Cypr. de Opere et Eleemos.*]

Aun mas: cuando dais á los pobres por el amor de Dios, vuestra limosna es á la vez un don y un préstamo: un don, pues no esperais que un pobre os lo devuelva; y un préstamo, porque ya sabeis la grandeza y la liberalidad de Dios, que por poco que haya recibido en los pobres, os volverá un dia grandes bienes. [*S. Basil. in Ps.* 14]

El pobre á quien socorreis, obteniendo en vuestro favor la salud eterna, os devolverá algun dia mucho mas de lo que habrá recibido. Vosotros sembrais cosas temporales, para recoger despues las espirituales y eternas. [*S. Ambros. L.* 1, *de Off.*]

DIA VIGESIMOCUARTO.

Del modo de hacer la limosna.

La prontitud y el gusto con que se da la limosna es mas escelente y mas perfecto que la limosna mis-

ma. En la dificultad de distinguir los verdaderos pobres, vale mas dar tambien á aquellos que no lo son, que privar á los que la merecen por temor de darla á los que son de ella indignos. [*S. Greg. Nazianz. Orat.* 19.]

Dios no quiere que seais ni avaro, ni disipador: desea que repartais bien vuestro dinero empleándolo en buenas obras, pero jamas en profusiones. No quiere que perdais vuestro tesoro, sino tan solo que le mudeis de lugar. ¿No escuchais su voz como os está diciendo que los transporteis de la tierra al cielo, en donde no os volverá únicamente los que le habreis dado á guardar, sino que os dará el cielo por la tierra, y bienes eternos por bienes temporales?

Tal es el comercio que con Dios tenemos. Nosotros le damos acá en la tierra cosas de poco valor, para recibirlas preciosas en el cielo; las damos perecederas, y las recibimos inmortales; damos lo que Dios nos ha dado, y recibimos á Dios mismo.

El usurero quiere recibir mas de lo que ha prestado; haced lo propio: dad pequeñas cosas y recibireis cosas muy grandes; dad bienes del tiempo, y recibireis bienes de la eternidad.

Confiais vuestros bienes á la tierra, que os los retorna con usura. Si los confiais á Jesucristo, ¿temereis acaso perderlos?

Si dais vuestro pan al pobre con disgusto, perdeis juntamente vuestro pan, y el mérito de vuestra limosna. [*S. Augustinus.*]

DIA VIGESIMOQUINTO.

De la facilidad de la limosna.

Zaqueo no creyó hacer demasiado distribuyendo la mitad de sus bienes; pero no os intimide el gran precio que dió para obtener el reino de los cielos: consolaos con los dineros que dió la pobre viuda del Evangelio. Y aun os añado que vale todavía menos, pues basta dar un vaso de agua fria, y aun es de menos valor una buena voluntad. Nada hay tan precioso, sin embargo, como esta buena voluntad; porque si Zaqueo desprendiéndose de la mitad de los bienes, no hubiese tenido buena voluntad, nada de útil hubiera dado por su salud. La buena voluntad, pues, esto es, la caridad, puede ser suficiente aun faltando todo lo demas; y faltando ella sola, seria inútil todo cuanto sin ella se hiciere.

Cuando se habla de limosna, no deben turbarse aquellos que son pobres y fuera del caso de hacer limosna: se cumple con el precepto haciendo lo que se puede.

Siempre tiene de que dar el que está lleno de caridad, es decir, de aquella buena voluntad que no puede nunca estar ociosa.

Las obras de misericordia son útiles al rico por su buena voluntad y por sus acciones; y al pobre por la sola buena voluntad.

Cuando dais á un pobre, os elevais tal vez sobre de él, porque sois el autor del bien que él recibe. Sumido estaba en la indigencia, y vosotros le habeis socorrido; y en esto os manifestais mas poderosos que él; pero desead mas bien verle vuestro igual, á